

Reseñas de libros e informes / Book and Report Review

Mundos Z. Sociologías del género zombi. Mariano Urraco Solanilla; Juan García-García y Manuel Baelo Álvarez (eds). Madrid: Los libros de la Catarata, 2017

César Santos Blázquez

Universidad Complutense de Madrid

lute.csb@hotmail.com

El género zombi está en auge, no hay duda. No se trata de un fenómeno reciente (ya en el primer tercio del siglo xx empezarán los primeros escritos y filmes “oficiales” herederos de las prácticas y creencias de la tradición haitiana), sin embargo, en épocas más actuales, otra perspectiva ha puesto en boga una nueva aproximación al fenómeno al superar la etapa más figurativa y mitológica descubriendo a este ser como un sujeto sociológico. No sólo queda claro con el aumento de la producción gráfica, audiovisual y escrita, sino también con las muestras en la cultura más mundana; a propósito de la ya extendida e importada celebración del día de los muertos (léase Halloween, aquí Día de todos los Santos y Día de los Fieles Difuntos) hemos podido ver desfilar todo un elenco (hordas, dirían algunos) de personas (¿?) caracterizadas de manera idéntica, tanto en aspecto físico como conductual. Es decir, lo más parecido a la concepción que tenemos de lo que es un cadáver en descomposición, putrefacto; en suma, muerto pero vivo, a la vez, pero también como sujeto de dicho colectivo, anulado en su personalidad, despreocupado y sin conciencia, actuando como un autómatas, como un individuo masa, “acrítico”, sugestionable, orientable, “pastoreable” pero, a la par, tremendamente disciplinado con las necesidades inoculadas por entidades interesadas.

Esto sería lo que conocemos comúnmente, en nuestra actual cosmovisión e imaginario colectivo, como “zombi”. Pero, ¿qué es un zombi? ¿Es esa figura de ficción terrorífica o un muerto viviente de la tradición haitiana? ¿Se trata de un nuevo ser apocalíptico que ocupa el foco de las series televisivas más actuales? Lo más probable es que

sea una suma de todo ello pero, superando estas ideas, “Mundos Z. Sociologías del género zombi”, nos propone una manera diferente de interpretarlo y de acercarnos al fenómeno para comprender lo que vendría a ser hoy día esa iconografía así como el ambiente que lo rodea. Esta nueva aportación, de carácter sociológico, nos ayudaría a conocer y discernir esa representación tan lejana y cercana pero, sin embargo, muy presente en nuestros tiempos.

Los doctores Urraco, García-García y Baelo, expertos en el campo de la utopía y distopía (no en vano, el doctor Urraco es el director del Congreso Internacional del Género Distópico), han sabido nutrirse de un amplio y variado grupo de autores especialistas en la materia que han conseguido dar a este libro una visión multidisciplinar abarcando todos los ángulos desde un punto de vista sociológico, filosófico, histórico, demográfico y de análisis cinematográfico.

La originalidad y riqueza de “Mundos Z”, a nuestro entender, radica en varios puntos:

Es el primer libro que trata el género zombi, o género Z, desde una aproximación sociológica. Si hasta ahora la mayoría de los estudios habían ido por el camino de la historia y cinematografía, debemos considerar esta nueva aportación como pionera al centrarse en el zombi como un sujeto sociológico y no como una mera figura antropológica o cinematográfica de terror. Sin duda, esto nos va a facilitar la comprensión del individuo de nuestros días y, por consiguiente, de manera muy sucinta, el funcionamiento de ciertos aspectos de nuestras sociedades, o, mejor dicho, las occidentales. Desde nuestro punto de vista, ésta sería la aportación más importante.

Otro de los elementos que consideramos positivos es que podemos encontrar resortes o, al menos, puntos de apoyo a respuestas de las preguntas que continuamente nos hacemos sin llegar a ningún tipo de clarificación cuando visualizamos filmes de este género, es decir, entendemos que existen lecturas más allá de lo meramente evidente pero no sabemos hasta qué nivel o cómo interpretarlas. Sin embargo, en “Mundos Z” se aportan claves y reflexiones inmersas en introspecciones, a veces, profundas sobre el devenir del individuo como sujeto social y ejemplificaciones de temas de actualidad que nos ayudarán en este menester.

Ya, por último, señalar que se trata de un libro apto para todos los públicos. Puede ser leído desde por personas que no conocen el género o que están empezando a familiarizarse con él, hasta por verdaderos apasionados, expertos y estudiosos de la materia. Para los más interesados será un libro excepcional para zambullirse en explicaciones que profundizan en los hechos históricos y tradicionales del surgimiento del zombi como elemento antropológico. A los más cinéfilos y seriéfilos tampoco decepcionará, verán una explicación no sólo a los fundamentos cinematográficos y simbólicos, sino también un recorrido histórico recopilando el surgimiento y desarrollo del género así como sus principales autores y las características que lo han ido marcando en cada época.

Aquellos que esperen leer un texto donde aparezca el zombi más tradicional no lo tendrán tan fácil puesto que la mayoría de capítulos están mucho más centrados en el aspecto sociológico de esta figura, atendéndolo como metáfora y alegoría que representaría en tiempos más coetáneos. A pesar de ello, esto no quiere decir que no encuentren dedicación a la figura tradicional así como al recorrido que representó en los espacios cinematográficos y antropológicos más clásicos. Cabe decir, también, que los seguidores de la popular serie “The Walking Dead” verán una amplia referencia a lo largo de toda la obra que favorecerán explicaciones y alternativas a las ideas acometidas tras la visualización de la misma.

Podríamos decir que las fuentes psicosociales y antropológicas de las que bebe el Z actualmente versarían, al igual que lo han hecho a lo largo

de su existencia, sobre los miedos y temores del ser humano, por una parte, y los de los grupos y elementos de poder, por otro. Estos consistirían, básicamente, en las preocupaciones sociales, políticas, económicas enmarcadas en cada época. Es decir, las derivadas de cada contexto sociopolítico en el que se desenvuelven atendiendo al periodo en el que se desarrollan, desde el punto de vista social, y el miedo a la percepción del grupo como una masa.

Además de lo anterior, debemos tener en cuenta que el zombi no sólo es un heredero de la tradición antropológica haitiana sino que también, a su vez, lo es de la judeocristiana en tanto en cuanto visión mesiánica, maniqueísta y posapocalíptica del mundo. En este sentido, también destacamos las bases sociológicas y los esquemas psicocognitivos en los que se desarrolla: la incertidumbre política y económica, la falta de confianza y fe en los sistemas de representación política, en el sistema e, incluso, en el propio ser humano; en suma, y hablando en términos actuales, el hombre posmoderno. Esto favorece el afloramiento de las ideas darwinistas y hobbesianas cuando el individualismo y la desconfianza en las instituciones aumentan la idea de la supervivencia en un mundo hostil; lo que nos convierte en una sociedad de competidores, trasladando, transpolando, los axiomas del sistema capitalista al sistema social (competencia, competitividad, nichos de oportunidades, inversión —en capital humano—), convirtiendo así las sociedades en grupos que zozobran bajo el mar de la supervivencia.

Destacamos, de manera resumida y sintetizada, algunas de las ideas más relevantes desarrolladas a lo largo de los trece capítulos que componen este libro. Urraco Solanilla y García-García van a reconstruir, a partir de los postulados de Jesús Palacios, entre otros autores, la figura del zombi desde un punto de vista sociológico para comprender los nuevos temores, miedos y retos de las sociedades posmodernas. Creemos que es recomendable la lectura del primero de los capítulos y la del quinto a continuación (de los mismos autores) porque la consonancia y el hilo argumentativo se plasman en ejemplos más visuales y comprensibles para el lector. Es bastante interesante

el tratamiento que ambos autores han hecho del término zombi. Partiendo de la idea de Bauman (sociedades líquidas) y de Beck (sociedades del riesgo) los individuos pueden llegar a convertirse en muertos vivientes en los terrenos social y laboral puesto que se está viviendo una época perdida en ideas pretéritas que están vacías, sin contenido, o no necesariamente adaptadas al devenir actual. De hecho, afirman que “el zombi aparece así como una metáfora de casi todo: la manipulación política, el adoctrinamiento televisivo, el consumo desmedido, el conformismo cultural, la alienación urbana y, por qué no, la emigración en masa” (p. 17). En tanto las sociedades (al menos las occidentales y, puede que sea el caso, más la española dentro de las europeas) se mueven en un plano distinto al imaginario deseado y al real, es donde se produciría esa circunstancia que favorecería la producción de un sujeto perdido y que pasaría a englobar el ejército de la masa al no relacionar el mundo en el que se vive con el que se conocía. En este sentido, el fracaso de las instituciones, consideradas hasta ese momento protectoras (o, cuanto menos, amortiguadoras) y baluartes de la estabilidad social, emocional y de las condiciones vitales de los individuos, ha desposeído a los sujetos de las aspiraciones, convirtiéndoles en seres amoldados y amoldables, despersonalizados y “acríticos” que ya no tienen el poder de entender ni de relacionar y, en el caso de que lo tuvieran, han decidido (voluntaria o involuntariamente) prescindir de él para engrosar la sociedad zombificada. Sin embargo, dentro de ese nuevo suceso y panorama, es, precisamente, ese sujeto el que puede reinventarse, una vez más, para escapar de la masa evitando convertirse en un cadáver sociolaboral y político.

Esta aportación entroncará también con las ideas del capítulo de Martínez Mesa, el cual se centrará en analizar cuál es el origen intrínseco de ese miedo personal, haciendo un alegato para superarlo anteponiéndose a ese pesimismo anclado en el hombre posmoderno. Reivindica un papel individual para contrarrestar las preocupaciones subjetivas derivadas de la vida en sociedad —masa— apuntando los ítems sociológicos por los cuales siguen perviviendo esos temores. En suma, saber sobrevivir en un mundo alienado, para no convertirse en ese

sujeto masa, en ese zombi. Y esta es una idea muy importante porque nos llevaría, a nuestro entender, a un planteamiento orteguiano, a ensimismarnos, a preguntarnos si quizá, en cierto modo, preferiríamos ser zombis en lugar de no serlo puesto que, en muchas ocasiones es mucho más cómodo seguir la corriente que generar una nueva, porque, como escribió Gabriel Sopena: “es más fácil obedecer a un general que saber a qué pueblo condena”.

En una línea similar a la anteriormente comentada, el segundo capítulo nos ofrece una serie de explicaciones para entender las bases y tramas del género en el ámbito cinematográfico pretérito y actual, así como sus elementos simbólicos que rodean a la figura del Z y que nos ayudarían a conectar con la tesis y las ideas que nos proponen Urraco Solanilla y García-García al referirse al Z como una figura posmoderna (en un ambiente “apocalíptico”). Estas explicaciones referirían cómo las situaciones sociales y personales han auspiciado el descontento hacia “las estructuras estatales” (p. 47). Es decir, Pantoja Chaves, de alguna manera, está poniendo encima de la mesa el desencanto de las personas que cayeron en las creencias que recogen las teorías de las expectativas y la de atribución, pero también la crítica de la crisis de ciertos valores que actualmente están en tela de juicio. Y ese descontento queda plasmado en el miedo de ser engullidos, de forma inconsciente, por estructuras o protoestructuras derivadas de las visiones posapocalípticas resultadas, precisamente, de las crisis que se han dado en las dos últimas décadas. Las trayectorias cinematográficas han variado desde sus comienzos pero han ido virando hacia las preocupaciones sociales y el contexto político de época. Algo en lo que también está de acuerdo Meléndez Galán al afirmar que lo que se muestra en pantalla, en parte, no es más que la visión que se tiene acerca del “colapso de las instituciones tradicionales, de los gobiernos y, en definitiva, de la sociedad (p. 163)”, es decir, las preocupaciones sociales posmodernas. Y, cuando eso ocurre, ante un escenario posapocalíptico, son muchos los que encuadran esa situación en un universo distópico, y es, precisamente, en el capítulo de Domingo Valls donde podemos encontrar una gran explicación para entender los conceptos de utopía y distopía, la

historia y etimología del zombi así como la trayectoria que ha seguido éste hasta llegar al “nuevo milenio” haciendo una comparación entre el hambre de carne que tenía el viejo ser hasta el hambre por el consumismo dentro de las sociedades actuales guiadas por las nuevas sociedades neoliberales.

Consideramos, pues, que la figura del zombi se ha convertido en un elemento más vivo que nunca, portador y encarnador de los miedos y temores posmodernos que se ciernen sobre las sociedades en épocas de crisis. Nos sirve para ver cómo los individuos, hijos de su tiempo, del progreso científico y técnico, del consumismo y la globalización pasando por la sociedad red, representa lo que son: la masa. Y ese zombi ha mutado a lo largo de casi

una centuria, desde las concepciones más antropológicas y culturales hasta las actuales, más sociales. Se trata de una alegoría, un producto resultado de la sociedad en la que se vive. Es un sujeto sociológico que encarna no sólo las preocupaciones y desasosiegos derivados del mundo (contextualizado en un determinado sistema político, económico y, por ende social, de cada época referida) sino que también personifica la culpa (la purificación de los pecados representados por el hombre mediante el sufrimiento y la superación de los mismos llevará a una purificación desterrando el mal acumulado creando, así, un hombre y sociedad nuevos) aducida de una visión judeocristiana típica de las sociedades occidentales.